

ANDRES RIVERA :
MITO ROMÁNTICO Y DESENCANTO POLÍTICO
EN LA FIGURA DE JUAN MANUEL DE ROSAS

Marta Inés WALDEGARAY

Université Paul Verlaine – Metz
Centre de recherche ECRITURES (EA 3943)

Sigo pobre, muy verdaderamente pobre, trabajando en el campo todo cuanto puedo, sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pobres ranchos en qué vivir y en qué tener a mi lado mis numerosos e importantísimos papeles, que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias.
(Carta de Rosas a una de sus hermanas, 1864)

*El amor se enfría, la amistad se disuelve,
los hermanos se dividen.*
(Gloucester, *El rey Lear*)

El siglo XX es para Andrés Rivera el siglo de la frustración política, del fracaso de un modelo de porvenir colectivo. Sus últimas novelas embaten contra una indecente confianza, la del pensamiento neoliberal que proclama el *fin de la historia* como nuevo imaginario mítico-político. Para Rivera *derrota* no es sinónimo de *fracaso*¹. Si sus novelas ambientadas en nuestros años ajustan cuentas con la historia reciente, esto es, con la violencia desencadenada por la anomia social de nuestras últimas décadas, el siglo XIX es en cambio para Rivera un período de fuerte densidad histórica en el cual puede rastrear su temática privilegiada : la violencia como lenguaje, y más precisamente, la violencia como lenguaje del poder.

Para nuestra América, el siglo XIX tuvo una impronta particular, significó la puesta en marcha de la vida política regional independiente. Lelia Area, cuya obra *Una biblioteca para leer la Nación. Lecturas de la figura Juan Manuel de Rosas* esclareció nuestro trabajo, precisa que en el siglo XIX :

[...] se fundieron numerosos comienzos, el de América como espacio de vida independiente, el de la emergencia y consolidación de los nacionalismos, el de la implantación de la matriz burguesa y liberal que constituyó la columna vertebral de nuestras sociedades, el de la aparición de la novela como género de exploración y de invención de los imaginarios, el de fijación de los mitos de modernidad y del progreso como utopía del recambio que mantuvo viva la fe popular y la codicia de la nueva dirigencia política y los nuevos imperios².

¹ Rivera responde a A. Búmbalo : « -¿ Su militancia fue un evangelismo barato e inofensivo, como dice Reedson ?- Claro, yo fui un militante activo durante 25 años. Después fui testigo de algunos intentos que tuvieron como centro a la ciudad de Córdoba, llevados adelante por obreros industriales y universitarios. Fracasaron. Fueron derrotados, más que fracasaron. Qué más puedo decirle. » Entrevista de A.Búmbalo, « Cuando un presidente sólo cumple con su deber nos asombra », para *Los Andes*, Mendoza Argentina, sábado 2 de agosto de 2003.

² L. Area, *Una biblioteca para leer la Nación. Lecturas de la figura Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006, p. 35.

En nuestro siglo XIX Rivera encuentra algo más que héroes, orígenes o causas históricas. El siglo XIX argentino es para Rivera un susurro histórico en el cual ha leído y sigue leyendo el miedo como norma de disciplinamiento corporal y social, la muerte como instrumento para ordenar la vida. Percibe también en él los malentendidos de nuestra elocuencia revolucionaria, los equívocos de nuestra experiencia nacional. Retomando la lectura de Calvino, citado por Rivera, el fondo de la historia remonta como un rumor « no-del-todo-claro-ni-siquiera-para-ti, ¿ qué dices ? »³. Si para Marx y para Engels la violencia era « partera de la historia »⁴, Rivera declina en sus ficciones cómo nuestra historia no deja de engendrar violencia. Este engendro histórico que es el nuestro está lúcido y dramáticamente representado por el cáncer que pudre la lengua del gran orador jacobino de la revolución de mayo (« ¿ Qué nos faltó para que la utopía venciera a la realidad ? ¿ Qué derrotó a la utopía ? », se pregunta Castelli), y es escrutado una y otra vez por nuestros próceres (« ¿ Dónde está la patria ? », se pregunta el viejo General Paz). Nuestro siglo XIX es ante todo un escenario beligerante, un espacio relacional agónico tensado por pares dicotómicos (unitarios y federales, civilización y barbarie), saturado de certezas ideológicas, de indisolubles núcleos de verdad con los cuales se quiso ordenar la sociedad y se terminó mitificando la vida política del siglo. Es también el período de los primeros reveses históricos de la causa jacobina que el intelectual de hoy que es Rivera revisa desde un doble acercamiento : el del desencanto político presente, y de alguna manera también, el de cierta melancolía cultural por la tensión política.

Entre los indisolubles núcleos de verdad o emblemas nacionales gestados en el período, se conforma en la trama discursiva político-literaria de los años 1830 a 1850, la figura mítica de Juan Manuel de Rosas, erigida tanto por sus enemigos (Sarmiento, Alberdi, Echeverría, la generación romántica del 37) como por sus aliados. A las dicotomías antes señaladas se les sumó a partir de entonces la adhesión o el rechazo al régimen rosista comprendido entre 1829 y 1852 : se era *rosista* o *anti-rosista*. El país era pensado, leído, proyectado desde la representación positiva o negativa que se tuviera de Rosas. Como lo reconocieron Sarmiento (en su *Facundo*) o Alberdi (en *La República Argentina 37 años*

³ Epígrafe de *Ese manco Paz* (Buenos Aires, Alfaguara, 2003). De ahore en adelante: EMP.

⁴ Nos referimos a las célebres palabras finales del « Manifiesto del partido comunista » [1848] : « Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar. » K. Marx – F. Engels, « Manifiesto del partido Comunista », *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 139.

después de su Revolución de Mayo)⁵, Rosas reconstruyó a pesar de su federalismo la autoridad política, unificó bajo el imperativo de la obediencia, creó prosperidad, sentó las bases para la institucionalización del orden político, concretizó el ideal unitario por vías antiliberales⁶.

Rivera retoma el código de valores que la generación romántica del 37 utilizó para erigir la dimensión mítica del personaje histórico : obediencia, terror, exilio, aunque también unificación institucional, y prosperidad. Pero el Rosas de Rivera, degradado por la vejez y ejecutado políticamente, es un rústico e impotente campesino en tierra extranjera. Su estatura mítica se fractura porque Rivera abre paso a otros ejes de representación que complementan los pre-existentes. Se trata de la terrena vejez, de la carencia material y del drama del haber sido y ya no ser. El dolor producido por la traición y la impostura de sus seguidores marcan al mito con el signo de la pérdida (verdadero *ideologema* riveriano). Esta colocación de Rosas en el lugar del desamparo del destierro y en el de la frustración del desencanto instaura un juego de significados en el cual coexisten la supervivencia de las antiguas representaciones con las nuevas marcas. Rosas llora su muerte política, presiente el fin de su vida y predice su retorno simbólico : « Los argentinos darán mi nombre a su destino »⁷. No se trata propiamente del retorno de una idea, sino del anuncio de la persistencia de una marca política consistente en un *modus operandi* argentino que tendría en él su origen, según lo cree Rivera. Este vínculo de identidad cultural y política con los argentinos de todos los tiempos lo immortaliza.

Proponemos a continuación el análisis de este mítico referente del poder opresor desde la perspectiva de lo privado que desarrolla Rivera, a través de dos ejes de análisis centrados en : la retórica rosista erigida en los textos y la pretensión del viejo Restaurador de convertirse en referente literario. Abordaremos la figura riveriana de Juan Manuel de Rosas expuesta principalmente en *El farmer* (1996), aunque también en otros textos como : *La revolución es un sueño eterno* (1993), *En esta dulce tierra* (1995) y *Ese manco Paz* (2003).

1. Rosas

1. a- « Nada se agita en Buenos Aires sin que yo lo sepa » (EF, p. 34)

⁵ D.F. Sarmiento, « Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar a sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado firmemente. », *Facundo*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1973, p. 129 (Cap. 4 : « La revolución de 1810 »).

J.B. Alberdi, *La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo*, en *Obras selectas*, edición de J. V. González, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad, 1920.

⁶ Para un estudio de la construcción de la figura de Juan Manuel de Rosas como emblema nacional desde la « memoria resentida y rencorosa » de la generación romántica reenvío al libro de L. Area (2006).

⁷ A. Rivera, *El farmer*, Buenos Aires, Aláguara, 1996. De ahora en adelante: EF.

Juan Manuel de Rosas es ese fragmento de la historia del siglo XIX sobre el cual todo lector tiene una idea previa⁸. La figura histórica de Rosas carga con una significación fuerte : la de la representación de la barbarie política. Rosas es ante todo, según esta representación mítica, una creencia que lo postula como origen histórico de nuestra violencia hecha sistema. En tanto punto inicial, Rosas representa el comienzo de la memoria argentina de la violencia. En tres de sus novelas : *El farmer*, *Ese manco Paz*, *En esta dulce tierra*, Rivera retoma y adscribe a esta representación colectiva previa al texto. Sin dudarlo, Rosas se erige en estas novelas como el referente ineludible de un poder siempre opresor, un referente histórico que aglutinó la lectura política de nuestros orígenes institucionales y que organiza aún la interpretación de nuestros futuros avatares históricos. Rivera adscribe en sus novelas a esta mitificación romántica de la figura de Rosas. Según lo expresa en algunas entrevistas⁹, Rosas es para él el máximo representante de una política concebida no como debate cívico, sino únicamente como violencia. La monstruosa figura de Rosas trasciende el siglo XIX para sobrevivir, como una fatalidad histórica, en la Argentina contemporánea.

El epígrafe de *El farmer* : « El argentino que nunca dudó », ofrece un primer plano integral de la figura monolítica de su protagonista. Virilidad, energía sexual (no exento, como es habitual en Rivera, de cierto sadismo), omnipotencia, convicciones inalterables (puesto que la duda desestabiliza y como se sabe *Los vencedores no dudan*)¹⁰, sellan la identidad unívoca de Rosas y del *farmer*. Es desde la resonancia emotiva del exilio¹¹, y bajo el signo de la negación vital, de la privación de los placeres sociales (no fuma, no bebe alcohol, no recibe, no sale) y sensuales (sin mujer)¹² que la identidad del *farmer* argentino de Swanthling se recentra en la práctica o actualización de ciertos ritos nacionales cotidianos (la carne asada por todo alimento, el mate, sus botas gauchas, la cabalgata, el recuerdo de la

⁸ Transcribo la respuesta de Rivera a M. Rabat en una entrevista del 2000 : « -¿ Usted realizó algún tipo de investigación para escribir sus novelas ? -No fue investigación; quise saber, quise encontrar algo, porque un autor de ficción roba. Esto claro, y es absolutamente lícito. Los veintidós libros que leí, los fragmentos de esos veintidós libros que leí que aludían a Castelli no me ayudaron en nada. De manera tal que cuando escribí *El farmer* no consulté libros. Porque usted, yo, hemos recibido mucha más información de Rosas que de Castelli. Por eso digo que Rosas sigue siendo un personaje central de la política argentina. No se lo nombra muchas veces, pero se realiza su política. Piense dónde se exilia Rosas; hoy claro, Inglaterra ya no es la gran potencia que fue. Ha sido remplazada como cabeza del mundo capitalista por Estados Unidos, pero de todos modos, el gobierno del doctor Carlos Menem hizo cuanto esfuerzo creyó necesario para reconciliarse con Inglaterra después de la Guerra de las Malvinas, con los resultados que conocemos. » En : «Una entrevista a Andrés Rivera : Un estilo propio habla de la experiencia histórica », entrevista realizada por Marina Rabat para *Razón y Revolución*, n° 6, otoño de 2000. Reedición electrónica, p. 8.

<http://www.razonyrevolucion.org.ar/textos/revryr/arteyliteratura/ryr6entrevista.pdf>

⁹ Ver « Un estilo propio habla de la experiencia histórica », *op. cit.*, p. 4, 5, 8. También : « Toda escritura es provisional », por J.R. Marcos para *El País*, Suplemento *Babelia*, Madrid, 01/02/2003.

http://www.elpais.com/articulo/semana/Toda/escritura/provisional/elpepuculbab/20030201elpbabese_3/Tes

¹⁰ Según comenta Rivera, el título de *Los vencedores no dudan* surge de un comentario del Almirante Massera para quien la duda era una jactancia de intelectuales. « Un estilo propio habla de la experiencia histórica », *op. cit.*, p. 4.

¹¹ Pueden leerse en *El farmer* expresiones como : « campos de desgracia », p. 10 ; « Nieva en mi corazón », p. 11 ; « bajo este cielo que no es mío », p. 11 ; « lágrimas en mis ojos », p. 11 ; « tiemblan mis labios », p. 12 ; y otras.

¹² Sólo en la primera página se repite nueve veces el adverbio de negación « no » y dos veces la conjunción copulativa « ni » en referencias a Rosas.

pampa) y en el sentimiento de la tierra, el apego a su tierra, a su filiación geográfica : San Miguel del Monte (« la tierra de mis padres, y de los padres de mis padres », p. 10), emblema de la Buenos Aires pecuaria. Como si, retirado de la vida política, el propio Rosas realizara la operación de cosificación de su persona, estas referencias, presentes desde el inicio del relato, se repiten a lo largo del mismo para dar cuenta de otro relato de origen, más íntimo y personal, según tres aspectos : el biográfico familiar (sus padres, su esposa, su hija, sus amantes, sus herencia bastarda), el biográfico económico (sus propiedades en la Buenos Aires ganadera de mediados de siglo), y el biográfico político (su celebridad, su paternalismo, su culto a la persona, su vocación nacionalista y popular). En su recuerdo, aquella Buenos Aires es la cifra de un pasado nacional armonioso, de « orden y justicia » (p. 13). Es a través de este facetado e intermitente funcionamiento de una memoria personal, que Rivera despliega una dinámica de imágenes en torno a la figura de un hombre eclipsado de la vida política nacional, que pretende ser fiel a su pasado esplendor. El material histórico se cuele, suspendido en el presente melancólico y reflexivo del recuerdo, en el ejercicio de una autoconciencia que refracta a través de aquellos haces dispares de la memoria el pasado personal y nacional, confundiéndolos. La creencia de Rosas en las virtudes purificadoras de un poder ejercido de manera monolítica, totalizante y maniqueísta, refuerza la fusión entre el hombre y su tierra, el gobernante y su patria. El pasado nacional existe, persiste, resiste, en su persona, en una persona : yo. « Yo soy el relato de lo que el pasado tuvo de feliz » (*EF*, p. 46), dice Rosas. O bien : « Yo soy el nombre de siempre. El nombre de hoy. El nombre de ayer. » (*EMP*, p. 120). El presente narrativo desde el cual el recuerdo obtura el tiempo pasado suspende la historicidad del personaje, operación esencializadora que crea una ficción de eternidad propia del mito.

1. b- “El país es una estancia” (*EMP*, p. 23)

Si el letrado del siglo XIX se reconcilia con un medio que le resulta hostil a través de operaciones estéticas mediadas por su cultura¹³, la retórica que Rivera le atribuye a Rosas para demarcar su territorio se vale de la frase sentenciosa y afirmativa. Sus aseveraciones son a la retórica letrada lo que la mitificación es a la historia : narratividad clausurada, violencia esencializadora. Rosas contrapone entonces a la cultura mediadora del letrado, una retórica

¹³ G. Montaldo, *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América latina*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 1999, p. 47-50.

ganadera de tono asertivo (« El país es una estancia », escribe una y otra vez Rosas en *El manco Paz*, o bien « Yo no escribo al pedo » –p. 24–), ideológicamente tautológica (« La vaca es vaca y no toro » reza la cuarta de sus consignas de gobierno –*EF*, p. 67–). Si, como lo objeta el *farmer*, Sarmiento en su *Facundo* describe la patria desde Chile, y concibe su escritura como una maquinaria de sentido capaz de acorralar a la barbarie para poner así en pie un Estado moderno, Rosas pretende reconvertir el orden moral y económico del territorio nacional a través de una política policial que se funda en consignas, declaraciones de principios, mandatos sociales, que buscan asegurar la productividad económica y la lealtad política. Seis son las consignas políticas y dos las sentencias que en *El farmer* declinan el credo rosista a la población :

Consignas :

- 1- « Lo que no se ve está fuera de la ley » (*EF*, p. 26)
- 2- « El que está abajo respeta al que está arriba » (p. 33)
- 3- « Queda desautorizado todo lo que no autoricé.» (p. 55)
- 4- « La vaca es vaca y no toro » (p. 67)
- 5- « A los enemigos del orden, mazorca. » (p. 98)
- 6- « La patria no es el hogar de la casualidad » (p. 120)

Sentencias :

- 1- « La política es otro de los nombres de la deslealtad » (p. 43)
- 2- « Los argentinos darán mi nombre a su destino » (p. 43)

Erige su poder desde el conocimiento de las prácticas y hábitos rurales de un territorio patrio todavía amorfo. Su retórica cuenta el sosiego que la propiedad pecuaria y la posesión de un saber, ni teórico ni libresco, sino proveniente de su experiencia, le dispensan. « El mejor jinete que hayan conocido los argentinos », « el mejor jinete de la pampa bonaerense » (*EMP*, p. 26) es un hombre de terreno, que ama la posesión física y material, y que defiende « el mugido de la riqueza » (*EMP*, p. 31) nacida de la unidad económica de la estancia. Su patria es la estancia, unidad vital de la grandeza económica del país, pero también de sus males políticos. El campo es el escenario de su experiencia vital y política, el ambiente que da cauce al ejercicio de una virilidad anómica cuyas *partenaires* eróticas son la madre, la hija, la esposa, sus amantes¹⁴. Ante un territorio roído por la anarquía política¹⁵, las consignas y

¹⁴ Acerca de la importancia del rumor como vía paralela de (des-)información de la prensa diaria, y de las habladurías acerca del comportamiento sexual morboso del Restaurador, que hipertrofiaban su imagen, ver Area, *op. cit.*, p. 56.

¹⁵ En el origen histórico de este desorden está para Rosas el jacobinismo de Mayo (*EF*, p. 46), pero otros son también según él los agentes de la desintegración moral argentina : los homosexuales, los judíos, los comunistas, los corruptos (p. 39), anacronismos todos que reenvían a la densa trama de una violencia histórica mucho más cercana al presente de la escritura.

sentencias rosistas son la marca de su letra de autor, son los núcleos de verdad con los que el Rosas de Rivera forja, a la manera de un *pater familiae* con resonancias de *pater patrias*, su política familiar, su patrimonio, y por extensión, un territorio patrio concebido como una unidad sagrada sellada por fidelidades temporales cargadas de sublimación mística. Un orden político en definitiva concebido como una institución religiosa en la que, según Rosas, tuvo cabida para su perdición el complot demoníaco.

2- El farmer

« ¿ Qué hago yo –escritor, novelista, jefe militar, campesino-, solo y pobre en tierra extranjera, afligido por el desagrado y el desdén de aquellos que favorecí, y de un país que conduje a la gloria como nadie antes en la historia ? En vejezco ». (EF, p. 26)

La misma noche de su derrota en Caseros ante Urquiza, el 3 de febrero de 1852, Rosas se embarca hacia el exilio. Vivirá en el Reino Unido hasta su muerte, ocurrida el 14 de marzo de 1877. Solo y retirado de la vida pública y familiar, los últimos veinticinco años de su vida transcurren en la ruralidad del condado de Hampshire. Cierta bibliografía testimonial cuenta que se sentía traicionado por su familia política y abandonado por su familia de sangre¹⁶. La revolución del 11 de septiembre de 1852 confiscó sus propiedades y ordenó su juicio como criminal, causa que la legislatura provincial de Buenos Aires inició en julio de 1857 y en la cual se lo declaró « reo de lesa-patria ». En abril de 1861 se lo condena a muerte y a la « restitución de los haberes robados a los particulares y al fisco »¹⁷. Indignado, Rosas escribe una larga carta (publicada en Londres en tres idiomas y distribuida en Europa y en América) en la cual refuta su condena y muy particularmente la acusación de robo. Desde 1853 entonces, Rosas inicia una nutrida correspondencia privada que mantiene hasta poco antes de morir. En estas cartas de desterrado (cartas confidenciales a su amiga Josefa Gómez), el *farmer* piensa y se piensa, con una perspectiva muy diferente a la del omnipotente hombre público. Despojado material y simbólicamente, sin propiedades y sin rentas, viviendo apenas de los pequeños ingresos que su chacra inglesa le proporciona, su correspondencia ofrece el análisis de su situación social, económica y afectiva.

En *El farmer*, Rivera nos sitúa en 1872. Hace veinte años que Rosas fue « arrojado a tierra de gringos » (EF, p. 37) disfrazado de marinero, él : paradigma de la ruralidad. Veinte años cumple el « pecado de sangre » (EF, p. 37) de Urquiza. Este es el otro Rosas que Rivera rescata en el *El farmer* y en *Ese manco Paz* : el hombre viejo, desprotegido, despojado,

¹⁶ El casamiento de Manuelita (el 23 de octubre de 1852) con Máximo Terrero (hijo de un antiguo socio de Rosas) a los pocos meses de haber llegado al Reino Unido lo irrita. Lo reprueba. Se siente abandonado y traicionado por su hija. Este resentimiento o encono familiar es extensivo hacia otros parientes. Ver Area, *op. cit.*, notas 3 y 4, p. 315.

¹⁷ Sentencia del 17 de abril de 1861 dictada por el juez Sixto Villegas. Ver Area, *op. cit.*, p. 306.

olvidado (« Patria, no te olvides de mí », *EF*, p. 123), que se siente desamparado y abandonado. El Rosas *privado* : desprovisto de bienes, de reconocimiento, de afectos, de su vida pública; el Rosas recluido en la privada y rutinaria orfandad de su granja inglesa. El *farmer* del exilio es también el Rosas que, políticamente ejecutado, quiere ser escritor¹⁸. Si su imagen letrada emergía ya desde su rol de fundador de un orden político, policial, a través de la creación de un modelo de comportamiento (el *rosista*) en la escritura de reglas de conducta y de convenciones morales retenidas por Rivera, el Rosas de estas dos novelas y en particular el de *El farmer* es, o pretende ser, un referente literario. Habiendo perdido su patrimonio económico, Rosas consagra las dos últimas décadas de su vida a la defensa de su nombre. Le hace decir Rivera en *El farmer* que en su viaje al exilio « no cargaba más arma que [su] nombre » (*EF*, p. 30). Pero el patrimonio simbólico que este nombre representa y que debe defender no es sólo el de su linaje familiar, es también el de su emprendimiento personal, y por eso el hombre carga con un gran peso material. La salvación de este nombre está sujeta a sus archivos y este material escrito lo acompaña ya en su viaje al exilio. Ambas novelas rescatan la pulsión archivista de Rosas¹⁹. Sus archivos son, antes que sus cartas de desterrado, su primera marca de autor. El nombre armado, cargado de papelería archivada, busca contrabalancear, estabilizar, la figura del hombre, del *pater patrias* que desde Caseros se desvanece. Así, el *farmer* escribe y reescribe. Rivera retoma, cita, menciona, refiere su gramática de la lengua pampa, sus aforismos, su carta de defensa, sus cartas privadas y sus cartas públicas en las cuales vuelca su pensamiento político y social acerca de la vida argentina, pero también acerca de la realidad política europea (la Comuna de París, la Internacional de trabajadores, la agitación revolucionaria). También lee y relee : Sarmiento, Voltaire, *The Times*, Shakespeare. Interpreta la realidad política argentina a través de su

¹⁸ Rosas recibía en Inglaterra muchas visitas. En 1866, a los 73 años, recibe al joven crítico chileno Ramón Guerrero y Vargas. Según el testimonio de Guerrero, las obras escritas por Rosas en trece años de exilio son : *Vindicación del gobierno de don Juan Manuel de Rosas* (no publicada por falta de fondos), *Ley pública*, *Religión del hombre* y *La ciencia médica*, las tres últimas sujetas todavía a correcciones en 1866. Cuenta Guerrero cómo se desarrolla un día del *farmer* Rosas : se levanta a las siete de la mañana, recorre sus campos a caballo, almuerza a las doce, trabaja hasta las cinco de la tarde ; luego de la cena escribe, con lápiz, en papeles prolijamente cortados y preparados por su criada ; su caligrafía es prolija y elegante ; no precisa anteojos. En P. O'DONNEL, *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2001, Capítulo 117 : « La fiera que más daño ha hecho ». Episodio también recogido por J.L. Busaniche, *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 117, p. 178-179.

¹⁹ Cuando la misma noche de la derrota de Caseros Rosas parte al exilio parece menos preocupado por el dinero que por sus cajones de documentación. Confía en estos papeles para defenderse de lo que descuenta será el juicio de la historia liberal. Según Area (*op. cit.*, p. 306), Rosas embarcó diecinueve cajones de archivos, y el 26 de enero de 1852, esto es, ocho días antes de Caseros, previó la necesidad de llevarlos a su casa de gobierno en Buenos Aires, razón por la cual los hizo transportar desde su residencia oficial en Palermo. Posteriormente, ya en el exilio, le llegarán otros papeles despachados por amigos. Ramón Guerrero cuenta : « A la villa de Portwood, situada a 3 millas del puerto de Southampton, me dirigí acompañado del cura católico. Después de cruzar un enlodado potrero, llegué a una pequeña casa, o más bien dicho un rancho. [...] Atravesamos varias piezas, y si en ellas algo llamaba la atención era la sencillez y limpieza. Llegamos al dormitorio, donde se veían armarios llenos de libros, papeles repartidos por toda la mesa, varios paquetes y maletas que contenían documentos, según supe después; una ancha cama, tres sillas, una jaula con un loro, una chimenea con un reloj encima y varios otros objetos insignificantes. ». En P. O'DONNEL, *op. cit.*, capítulo 117.

lectura de « El rey Lear ». El *farmer* lee su derrota en términos de traición²⁰. La lectura que Rosas hace del dramaturgo inglés fortalece la interpretación trágica de su historia. La figura del viejo rey Lear se le presenta al *farmer* como al deprimido Hamlet el espectro del difunto rey de Dinamarca. La suerte de Rosas sería la versión transculturada de la traición filial, del poder acechado por la simulación y la mentira. El desamparo del viejo Rosas es una reescritura criolla del Rey-Padre de avanzada edad que abandona su reino al ser traicionado por su círculo más íntimo : sus hijas de sangre y sus hijos políticos.

El destierro lo inscribe también en esa tradición argentina inaugurada por San Martín en 1824 cuando (según explica el mito escolar sanmartiniano) el padre de la patria, desencantado por las luchas fraternas, decide abandonar su tierra y sus hijos optan ingratamente por dejarlo partir. El desencanto que la relación filial puede producir se lee en lo que Rosas vive como un traicionero abandono : el casamiento de Manuelita con Tejero, como también en otra historia filial que alimenta los rencores políticos del viejo, y que está mencionada recurrentemente en la novela, la de Camila O’Gorman con su padre, quien para salvar su sentido del honor mancillado entrega a su hija a la mazorca rosista. La traición es para el *farmer* el sistema interpretativo que aclara y justifica su destino histórico. La traición planea en la novela como la razón del destino del gaucherío y en general de las causas populares. La contrafigura política del caudillo pampeano es la del traidor Urquiza (« Urquiza, el salvaje, levantó a su gente contra mí. Y firmó, con los macacos del Brasil, alianzas contra mí que avergonzarían hasta a un mal nacido. » –*EF*, p. 116–). Frente al traidor, la figura de Rosas se magnifica (Rosas, « hombre alto, rubio, hermoso, sano » –*EMP*, p. 19–) y endiosa. La traición es cobarde pero también sacrílega (« Yo soy la luz » –*EF*, p. 47– ; « Soy el Santo Padre » –*EF*, p. 24–). Su nombre trasciende los tiempos y se construye en torno a cuatro ejes de representación de su identidad : la sacra (Santo Padre), la política (Restaurador de las leyes), la militar (Coronel de caballería, Comandante General de Campaña, Brigadier General), la viril (padre prolífero, *pater patrias*). Si para Sarmiento (enemigo político y *frater* literario), la obligación histórica radica en el progreso, para el Rosas riveriano, la obligación histórica es política y se llama lealtad. Si para el Sarmiento del exilio, el pasado reciente es un enigma a descifrar, para el *farmer*, ese pasado no atiza la duda, su lectura es unívoca : ese pasado se preservará en el futuro. El resentimiento del *farmer* propone una sola lectura posible, esencializadora, mitificada de su propia persona : « Yo soy el recuerdo de lo que el

²⁰ La construcción de la figura del traidor como explicación de un fracaso, una derrota o una torsión inesperada pero siempre posible de la historia es recurrente en Rivera y a menudo su agente es femenino. La amante que traiciona (*En esta dulce tierra*), la mujer de dudosa moralidad que se inmiscuye en el sindicato para entregar información (*Nada que perder*), la hija que abandona a su padre (Manuelita), la esposa que entrega a su marido (*Los vendedores no dudan*), la simuladora (*La sierva*), la manipuladora (*Esto por ahora*), todas ellas confirman que la lealtad es cosa de hombres.

pasado tuvo de feliz ” (*EF*, p. 24-25). Si Sarmiento construye su imagen pública a partir de su oficio de escritor, podría decirse que en el ocaso de su vida el Rosas de Rivera pretende erigir su figura de escritor desde lo que fue su ejercicio de hombre público, y en tal sentido, el « novelista moderno » que pretende ser escribe para hacer creer en su nombre, en su verdad, en nombre de la verdad. Es « el mejor archivista que, dicen, hayan conocido los argentinos » (*EMP*, p. 26). El poder no se permite dudar, ni olvidar. Su « papelería » está compuesta por informes, cartas, denuncias que destilan venganzas secretas (« Allí, en esa papelería de la que se desprenden perfumes de extravío, están las filiaciones de sus rencores, de sus pasiones insatisfechas, de sus revanchas. » –*EMP*, p. 27–). El viejo relee en sus archivos las cartas delatoras enviadas por sus fieles partidarios y se refugia en el ejercicio onanístico de copiar y recopiar con distinguida caligrafía. Los archivos son la caja negra de la memoria del *farmer*, son un cofre de recuerdos que prefigura el aislamiento del exilio y que metonímicamente carga con una doble representación : por un lado, la de dos elementos entrevistados por Rivera como constitutivos del poder : el secreto y el encierro; por otro, la de la eficacia del poder rosista consistente en un orden cerrado, sin intersticios ni puntos de fuga. En esta mecánica del encierro, el tiempo de la novela se suspende, la historicidad se desvanece, el recuerdo se activa, el mito se afirma.

3- Coda

« Sus palabras no son jamás categóricas. Son difusas, cargadas de digresiones y frases incidentales. » (*EF*, p. 23)

Los relatos de Rivera se retiran del tiempo futuro y se desplazan, con desencanto político ciertamente, pero también con melancolía cultural decíamos, hacia el pasado. No hacia un pasado triunfal, sino hacia un pasado histórico en el cual no hay (o no hubo) lugar para la indiferencia política ni para indeterminaciones éticas. En las escenas históricas que Rivera escoge, las posiciones políticas están bien definidas. Para Rivera, el campo cultural debe constituirse desde los debates y las polémicas. Frente a un presente lavado, excesivamente matizado, Rosas, Paz, Sarmiento, Castelli, el mundo gremial, transportan su literatura al tiempo de la antinomia, de la oposición ideológica, del impulso radical, de la tensión. La historia argentina es en su escritura un compendio de materiales, de episodios recurrentes cuyo sentido se muestra y se esconde en la insistencia de una sintaxis que en posición de defensivo repliegue no entrega su sentido, que horada el texto dándole cabida a la

ambigüedad o a la confusión. Este sentido susurrado despega el texto del acontecimiento, lo exime de toda pretendida verdad, pero nunca de su sentido histórico.

La digresión (no la escritura de digresiones) es la forma que, en la escritura de Rivera, asume el deseo de saber, de indagar. Allí donde el discurso se disgrega, llevado por el peso de las palabras, por el peso específico de sus resonancias internas más que por la lógica del discurso, allí lo histórico queda arrinconado y permite que la escritura acuse más claramente la moral de su lenguaje²¹. Su escritura de aspecto inacabado da cuenta de la derrota de un modelo de certezas radicales a través de la exaltación de la incógnita, de la duda, de la ambigüedad, de personajes desencantados en estado de espera o acechados, que piensan y se piensan. El malogrado sentido colectivo de la historia dilucida su verdad como experiencia lingüística de lo incierto y como experiencia narrativa de lo íntimo, nunca como verdad histórica. La escritura de Rivera se vuelve más intensamente política cuanto más aguda es en ella la exploración de la intimidad. Rosas es mito y desencanto.

En las novelas mencionadas, el Restaurador representa el nombre primero del terror alojado en el cuerpo social de la patria. La mitificación de su figura está en Rivera doblemente expuesta. En primer lugar, Rosas es un fundamento cultural según el cual el ser argentino radicaría en la amenaza siempre presente del miedo o de la muerte como instrumentos para ordenar la vida individual y social. En segundo lugar, Rosas opera como una fuerza (negativa) que busca reproducirse, perpetuarse. Los textos de Rivera exhiben con pesar o con ironía (*En esta dulce tierra*), muchas veces con resignación²², la creencia en la violencia como una fatalidad argentina. Quizás porque, como declara en alguna de sus entrevistas²³, la revolución no fracasó, sólo ha sido derrotada, Rivera se afirma en el sueño o en el mito de la revolución. Su lectura de la historia argentina hace que, con obstinada gravedad mítica, la violencia atraviese su obra como un *continuum* ahistórico.

La investidura mítica negativa de Rosas (aquella convenida por los jóvenes románticos del XIX), así como su quebranto en el exilio (Rivera), dan cuenta de un sistema cultural que hace del cuerpo el foco político de todos los excesos, desde los golpes y las humillaciones sexuales, hasta los despojos, las pérdidas y los destierros²⁴. La papelería archivada, compuesta

²¹ R. Barthes, « [...] allí donde se la rechaza la historia actúa más claramente ». En *El grado cero de la escritura*, México, Siglo veintiuno editores, 1987, Prólogo, p. 12.

²² « ¿ A qué se refiere usted, amigo mío, cuando dice soy argentino ? ¿ A una particular vategoría de suicidas [...] ¿ Peleó contra toda esperanza, señor ? Eso es, hoy, ser argentino. » Andrés RIVERA : *La revolución es un sueño eterno*, Buenos Aires, Alfaguara, 1993, p. 25.

²³ Ver nota 1, entrevista de A. Búmbalo. Ver también *La revolución es un sueño eterno, op. cit.* : « Perder, resistir. Y resistir. Y no confundir lo real con la verdad. », p. 130.

²⁴ Hay en el universo rosista (en el ejercicio de su poder, pero también en las escenas de su historia personal) un protagonismo corporal (individual, social) operado por el adiestramiento. Gaucherío y chinitas son respectivamente en *EF* los exponentes social y genérico de un disciplinamiento corporal y social sobre el cual se ejerce el abuso. Pero también el propio Rosas estuvo sujeto al escarmiento de su madre, y ésta a su vez sujeta al disciplinamiento del

en buena parte por cartas delatorias, es la preciada memoria del gobernante exiliado. Resignificados desde el presente de la escritura, esos papeles funcionan como rancios antecedentes del cuerpo doblegado, desaparecido, exiliado. En tal sentido, el desencanto producido por la traición, así como el dolor del exilio, fisuran su envergadura mítica y lo emparentan con (¿ lo inscriben en ?) otra tradición, heroica, de estirpe sanmartiniana : la del héroe desterrado, ingratamente expulsado de la patria y sin reconocimiento alguno por los servicios prestados. Ninguna de las dos tradiciones elude exponerlo como signo de mal augurio histórico.

Bibliografía

ALBERDI, Juan Bautista : *La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo* [1847], en *Obras selectas*, edición de Joaquín V. González, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad, 1920.

AREA, Lelia : *Una biblioteca para leer la Nación. Lecturas de la figura Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006.

BARTHES, Roland : *El grado cero de la escritura*, México, Siglo veintiuno editores, 1987.

BUMBALO, Ariel (entrevista) : « Cuando un presidente sólo cumple con su deber nos asombra », *Los Andes*, Mendoza, Argentina, sábado 2 de agosto de 2003.

BUSANICHE, José Luis : *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.

ENGELS, Federico – MARX, Karl : *Manifiesto del partido comunista* [1848], *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Editorial Progreso, 1974.

MONTALDO, Graciela : *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América latina*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 1999.

O'DONNEL, Pacho : *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2001.

RIVERA, Andrés :

Los vencedores no dudan, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989.

La revolución es un sueño eterno, Buenos Aires, Alfaguara, 1993.

En esta dulce tierra, Buenos Aires, Alfaguara, 1995.

El farmer, Buenos Aires, Alfaguara, 1996.

Ese manco Paz, Buenos Aires, Alfaguara, 2003.

Esto por ahora, Buenos Aires, Seix Barral, 2005.

SARMIENTO, Domingo Faustino, *Facundo* [1845] : Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1973.

marido. De manera que Rosas se erige a la vez como figura emblemática de una victimización que posee un doble aspecto : físico (corporal) por un lado, y político por otro al ser traicionado. Es el referente histórico de la violencia como trauma político nacional ; es la imagen histórica de la amenaza ejercida desde la administración policial. De la incapacidad estatal de construir proyectos consensuados.

SHAKESPEARE, William : *El rey Lear* [1605-1606], *Obras Completas*, Tomo II, Madrid, Aguilar ediciones, 1934. Traducción : Luis Astrana Marín.

RABAT, Marina (entrevista) : «Un estilo propio habla de la experiencia histórica», *Razón y Revolución*, n° 6, otoño de 2000.

<http://www.razonyrevolucion.org.ar/textos/revryr/arteyliteratura/ryr6entrevista.pdf>

RODRIGUEZ MARCOS, Javier (entrevista) : «Toda escritura es provisional», *El País*, Suplemento *Babelia*, Madrid, 01/02/2003.

<http://www.elpais.com/articulo/semana/Toda/escritura/provisional/elpepuculbab/20030201elpbabese3/Tes>